

**maghenta**  
EDITORIAL

Olor a hombre  
y tomillo

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta obra, cualquiera que sea el medio empleado: electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc., sin el permiso explícito de los titulares de los derechos.

1.ª Edición.

© Carmelo Gandarias, 2007.

© Maghenta, S.L.  
Autovía de Madrid, Km. 315,700  
50012 Zaragoza  
Tel. +34 976 106 300  
Fax +34 976 106 301  
[www.maghenta.com](http://www.maghenta.com)

Ilustración de portada: Marta Cambra Melús

Depósito Legal: Z-1.492/07  
I.S.B.N.: 978-84-935490-8-4

Impreso en Zaragoza, España. Marpa.

# Olor a hombre y tomillo

CARMELO GANDARIAS

**maghenta**  
EDITORIAL

*A Hortensia*  
*mi suficiente razón de vivir*

## **LIBRO PRIMERO**

**Y ocurrió en la cubrición del ganado**

## I

### Brosín, 1961

A simple vista no se percibía su preñez, pero su inquietud, a la vez que su despacioso andar, la caída de sus cuartos traseros, lo mucho que le había descendido el vientre, lo abultado de su vulva y de sus ubres, denotaban un próximo alumbramiento.

Desde el porche de su casa, el señor Antonio, conecedor, capataz eviterno de aquellas alquerías y que a pesar de las instrucciones recibidas por el señor, que se olvidara de todo tipo de obligaciones, pensaba constantemente en lo mismo; oteaba desde su sillón de anea el infinito horizonte de aquellas praderas verdes, la templanza de su cielo, la fertilidad de su tierra, la postura alegre de los collados, la frondosidad de sus bosques, las cosechas de cereales, los arrozales, todo aquello que proporciona La Romera, la cual no está dedicada exclusivamente a lo bravo; sus cuatro mil ochocientas hectáreas cuentan con ganado manso, la siembra y el espacio reservado a la cría caballar; por eso se anexionó la finca La Consolación, ocho mil ochocientas hectáreas más, dedicadas íntegramente a lo bravo; ochocientas vacas de vientre y catorce sementales que el señor Antonio conocía por sus nombres y hasta por su forma de andar; el señor Antonio había sido zagal, vaquero, yegüero, conecedor, mayoral y alma de aquella tierra que le viera nacer y que apenas se alejó, más allá de Utrera o el Coronil, salvo las veces que acompañó al señor marqués a la Maestranza de Sevilla, para estar presente en la lidia de toros que comieron en su mano.

—La Estrella parirá esta noche —sentenció solemnemente.

Es costumbre de las vacas, cuando llega el momento sublime de parir, tratar de esconderse en un matorral del monte, escoger un lugar resguardado del frío, lo más espinoso posible; cada una suele parir, de una vez para otra, en el mismo lugar, solas, en la margen de un arroyo, en zonas infranqueables y alejadas lo más posible de la vista del hombre. Al alba, la Estrella mugía en la dehesa los dolores de su parición.

—En el campo del chaparral está la Estrella pariendo —sentenció nuevamente el señor Antonio.

Estaba naciendo el año de Dios de 1961, hacía frío en el campo, una espesa bruma, una baja niebla en la totalidad de la dehesa, la escarcha de la noche relucía aún entre la hierba, como los ojos brillantes de gatos asustadizos.

Mahía era prima de la mujer del señor Antonio, vivía con él desde que su mujer, Dolores Heredia, falleció aquella triste noche del año 1957; lo atendía y cuidaba como hubiera podido hacerlo su difunta esposa.

Mahía llevaba en el cortijo una vida; estuvo al servicio del cuarto marqués y fue la tata de sus dos hijos: ¡ella los vio nacer!, suficiente razón –según su entender– para hacer su santa voluntad en toda la cortijada; aunque quedó mocita y no se le conoció hombre alguno que la cortejara, pasó su vida sirviendo a los demás.

Mahía quedó hace tiempo relevada de toda obligación ya que, a la muerte de su prima, la señora marquesa le pidió que cuidara del señor Antonio como cosa suya, que viviera con él en la casa que expresamente mandaron construir cerca de la “casa grande”, como muestra de afecto y respeto que siempre tuvieron los señores, con su capataz, el señor Antonio.

Fue en el año de 1946 cuando se produjo la conjunción de la finca La Consolación con La Romera, en vida del cuarto marqués de Santa Eufemia, aunque toda la laboriosa negociación fuera llevada directamente por su hijo Manuel, que a sus treinta años se hizo con las riendas de aquel emporio agrícola, dedicando la adquisición de la última finca íntegramente a lo bravo; el complejo, llamado Miramamolín, se considera como uno de los cortijos más importantes, modernos y socialmente bien llevados de toda Andalucía.

Hay quien opina que una vacada tan grande es difícil de controlar, pero el propio marqués y el señor Antonio, su capataz, son capaces a un simple vistazo de conocer a todos los toros, recitar de memoria de quiénes son hijos; las faenas regulares en el campo de una ganadería brava son lentas y mantienen en tensión a los hombres que al cuidado de ella están, desde que se juntan los sementales con las vacas, allá por el mes de abril, cada semental con su vacada, a fin de seguir bien la pista a cada una de ellas, procurando que el número de reses por semental no supere las sesenta, eligiendo el mes de abril por estar en celo las hembras; la parición que ocurre a los nueve meses, un poco antes las viejas y más tarde las jóvenes, y aunque el ganado bravo en la parición no precisa ayuda de ningún vaquero, pueden surgir infinidad de inconvenientes, desde un parto doble a la muerte de una madre y para sacar adelante esa cría hay que buscarle nodriza, y a veces se debe criar a biberón. Conforme hay vacas paridas, conviene ir señalándolas; se trata de una hendidura con la navaja en

la oreja de forma característica y homogénea para aquella vacada. El herradero, el destete, el acoso, el derribo y la tiente, los piensos, los cabestros y tantas faenas, precisan de hombres avezados a ellas; la plena vigilancia del capataz, la confianza en el conocedor y el ganadero que no deja de participar en cada una de estas tareas.

La Consolación fue siempre más bonita que La Romera, resulta más montaraz, porque es más espontánea la esencia y presencia de Dios; es más brava, más indómita que la ordenada La Romera con sus tierras domadas por el arado del hombre, con su suelo ya avasallado y vacío de sorpresas; no cabe duda de que La Consolación era la flor y nata de aquellos pastizales, su hierba a veces llegaba a los lomos de los toros y su vegetación era desbordante, creciendo a su antojo toda clase de plantas.

Miramamolín, o más bien al cortijo de los Medina de la Guardia, desde donde se dirigen todas las operaciones de labor, la cría caballar y lo bravo, se halla situado al sureste de La Consolación, si se viene desde Sevilla; indistintamente se puede llegar por Los Palacios o por Utrera, siempre por la carretera general Sevilla-Cádiz, teniendo en cuenta que una punta de la finca es regada por el río Guadairilla, que corre por el norte de Utrera y termina en las cercanías de Los Palacios; saliendo precisamente de este hermoso pueblo sevillano, doce kilómetros antes de llegar a Lebrija. Existe un desvío que nos interna a través de cuatro kilómetros tortuosos por una carretera comarcal, hasta llegar a los lindes de la finca, dos marmolillos nos anuncian que entramos en terrenos de Miramamolín, y a partir de aquí y en un recorrido de seis kilómetros más por una carretera privada, caminamos a través de una alameda protegida y decorada por hermosos sauces llorones que a uno y otro lado de la misma hacen más bello, más fresco y agradable el camino. A un kilómetro, antes de llegar, se divisa la cortijada; todo lo que nuestra vista distingue es una típica manifestación de la economía andaluza, demostrando la equivocación de aquellos que entienden que el cortijo es una más o menos gran casa de labranza o casa de labor; al menos en Andalucía, por sus características especiales, es una auténtica institución donde suelen vivir los dueños y los obreros ocupados en ella con toda su familia; este conjunto ancestral refleja el amor que sienten por la tierra, y el ejemplo político-social que allí se administra es encomiable y de origen muy antiguo. En Miramamolín se refleja, en el rostro y las acciones de cada uno de sus componentes, desde el amo hasta el último zagal, la altiva serenidad de aquellos califas que durante quinientos treinta y cuatro años dominaron aquellas tierras. En una suave curva nos encontramos con un arco de medio punto, dando entrada a una muy

amplia calle adoquinada y escoltada por árboles de naranjas plantados en cortos espacios que apaciguan a nuestra vista el suave verdor de sus ramajes y perfumando de azahar el ambiente, contrastado con la inmaculada blancura de sus fachadas; el muro de la derecha se comprende pertenece a la casa grande, pues a pesar de su fortificada tapia, ello no impide se asomen majestuosas palmeras con pretensiones de abanicar al cansado viajero y que sobre la misma tapia cuelguen, displicentemente, como capotes de paseo, las buganvillas rojas que se entremezclan a veces entre las ramas de algún olivo. A mitad de calle, un amplio y noble portalón permite la entrada cómodamente de cualquier vehículo, dando acceso a un hermosísimo patio adoquinado en cuyo centro una vieja pileta árabe deja fluir un rico manantial de agua; dicha pileta se encuentra rodeada por seis esbeltas palmeras que sombrean aquel lugar; al cruzar el portalón, necesariamente somos observados por los guardeses, circundando despacio aquel amplísimo patio; nos paramos ante el pórtico del cortijo o palacio, conjuntado con columnas de granito, con sus bases, fustes y capiteles labrados a mano y de ascendencia árabe; amplios voladizos en las cubiertas, terminadas en seleccionadas tejas andaluzas, el suelo de la entrada o porche principal se encuentra artísticamente enlosado con chinas de río formando geométricos y artísticos dibujos.

La cancela de hierro, ricamente forjada y acristalada desde su interior, nos da paso a un amplio salón-recibidor con suelos de mármol rosa; desde allí nos vemos obligados a dirigir la mirada a la señorial escalera de mármol, en contraste con sus amplios pasamanos de madera de cedro; el primer descansillo donde la escalera se bifurca en forma de Y para conducir a diferentes dependencias de la casa, contemplamos un antiguo bargeño de roble y, sobre él, cubriendo parte de la pared, cuelga un rico tapiz del siglo XVII con motivos de caza.

En la parte baja, en el lateral derecho, y a través de un corto pasillo, tenemos acceso al salón principal de la casa, el cual forma esquina, y a través de sus amplios ventanales se contemplan el jardín, piscina y cancha de tenis; desde el salón se pasa al gran comedor con mesa única de caoba para veinticinco comensales, que sólo se usa para grandes acontecimientos.

Hacia la izquierda observamos unas puertas corredizas de cristales en colores emplomados, dando entrada a una recogida capilla con un bello retablo presidido por una bella imagen de la Santísima Virgen de Consolación de Utrera. Otras puertas que se contemplan desde el recibidor pertenecen al despacho del señor marqués, desde donde se inicia un pasillo con accesos al salón familiar de uso diario, al

comedor privado de la familia, biblioteca y sala de billar. Todas las referidas dependencias tienen salida a una amplia terraza apergolada, donde en primavera y verano la familia suele desayunar e incluso almorzar en bañador cuando están utilizando la piscina.

En el cortijo viven aproximadamente treinta y dos familias, lo cual puede constituir una población de noventa a cien personas. Trece mil seiscientas hectáreas de campo, ochocientas vacas de vientre, catorce sementales, sesenta caballos de monta, más el vacuno y las ovejas, el maíz, el arroz y todo cuanto La Romera produce, son las riquezas, acompañadas de un sinfín de obligaciones y un duro trabajo, que personalmente lleva don Manuel Medina Pérez Correa, marqués de Santa Eufemia y conde de Villafranca, a quien le acompaña su único hijo de quince años, internado en el colegio de San Estanislao, de Málaga, y que se llama Ambrosio Medina Romero; todos le llaman Brosín.

Aquellas navidades del 61, Brosín las pasó en el campo con su padre y con el abuelo Antonio; no hacía un año aún que su madre había muerto, aquel octubre del 60; aquella visión de su madre muerta, tan joven —acababa de cumplir treinta años—, fue desconcertante para Brosín: se volvió más huraño o más hosco o más encerrado en sí mismo; su madre vivió casi siempre en el campo, rehuía la casa de Sevilla, y su esposo nunca la presionó para que cambiara de idea; él iba y venía, pero normalmente pasaba grandes temporadas en el campo dedicado personalmente a las faenas del ganado bravo.

Brosín no quiso huir del lugar que tanto dolor le había causado; muy al contrario, amaba cada vez más aquellas tierras, pasaba horas y horas escuchando las sentencias filosóficas del abuelo Antonio; del abuelo Ambrosio, el marqués, como así se le llamaba, tiene Brosín otro recuerdo y su imagen no la vincula con el campo; su abuelo Ambrosio murió cuando el tenía diez años, pero lo que verdaderamente le quedó marcado en su recuerdo fue cuando apenas tenía tres años y en la casa de Sevilla: la tata Mahía lo llevaba frente a él para despedirse y darle las buenas noches, el abuelo lo besaba en la frente y con su mano huesuda y arrugada le apretaba fuertemente los mofletes.

—¡Hombre!, el caballere se va a la cama. Negrilla, gitano, qué poco has sacado de los Medina, pajolero.

La prematura muerte de su madre, el ambiente monástico que se respira en la vida de un cortijo, la gente que con él convivía, donde se sentía observado y querido, la sensación de paz y misterio que por sus venas corría cuando al trote de su jaca, oteando

el horizonte perdido, oliendo a majada y a tomillo, contemplaba la impresionante majestad de los sementales en constante vigilancia de su vacada que levantaba su testuz al paso del niño moreno; su paso a galope, al viento sus pelos enmarañados, gritando como loco:

—¡Eeeh... eeeh... vaquita valiente!

Todas volvían la cabeza y su mugido podía interpretarse: «¡Ahí va el niño guapo de la dehesa!».

El desarrollo de Brosín no estaba en consonancia con su edad, estaba plenamente formado; su esbeltez, el crecimiento de su cuerpo, sus articulaciones delicadas pero firmes, el tórax fuerte y pronunciado, la dureza de sus muslos elásticos y apretados por la constante presión en los flancos de su yegua, sus manos duras huesudas y alargadas como pinzas de hierro, su cuerpo moreno, su pelo negro, bronco y rizado, sus ojos azules, único rasgo evidente de los Medina, pues el resto era un Romero, como su madre y abuelo; en aquellos momentos de su vida era perfecto y puro: todo un hombre de quince años.

A su padre le extrañaba a veces sus actitudes, ya que prefería pasar sus vacaciones y unas fiestas tan señaladas en la soledad del campo; le acompañaba a distancia, no lo comprendía, como posiblemente tampoco llegó a comprender la sumisión, la nobleza y templanza de su mujer a lo largo de los años que estuvo a su lado; madre e hijo descendían de una casta arrogante, sumisa, silenciosa y llena de sublime filosofía. A Brosín, la querencia de su raza le hacía pasar horas y horas con el abuelo Antonio al otro lado de la casa grande, o correr la dehesa a caballo y tumbarse bajo la encina vieja, bañarse desnudo en el cercano río, tumbarse bajo la encina contemplando el cielo —posiblemente a Dios—, olvidándose hasta de comer; su padre y Mahía llegaban a inquietarse por la tardanza, hasta que le veían cruzar lento y pensativo la talanquera. Venía oliendo a romero y tomillo, a hombre de campo, Mahía corría tras el niño de su alma, un buen baño de agua caliente recibía el cuerpo de aquel mozo que, voluptuosamente, se introducía en él; después de horas y horas a horcajada sobre su yegua torda, los mil potros salvajes de su indomable y fuerte naturaleza corrían como cascada salvaje a entremezclarse con la espuma del jabón hasta quedarse dormido; el frío del agua y las protestas de tata Mahía llamándole para la cena lo volvían a traer nuevamente a este mundo.

Aquella temprana mañana acudió Mahía a dar la nueva a la casa grande del nacimiento de un nuevo niño, que venía a aumentar el censo de aquella gran familia que constituía Miramamolín.

—Hijo, un nuevo niño ha venido al mundo en el cortijo: un encanto de niño. Es hijo de Miguel, el vaquero, y Rita; tú la recordarás, niño; ayudaba a Consolación en la cocina.

—Me alegro mucho Mahía, de verdad que me alegro, felicita a los padres en mi nombre; a él, que deje las faenas por unos días para atender todo lo relacionado con el nacimiento, y tú, tranquilízate mujer, estás muy nerviosa.

—Es un ángel de Dios! ¡Un ángel de Dios! ¿Quieres verlo?

—¡Ay, esta Mahía! Está bien, mujer, está bien; ya lo conoceré en otro momento. Brosín sale ahora para el colegio.

—Ya lo sé, ya lo sé, y le he preparado unas cosas, allí me lo matan de hambre. Pero yo lo decía... como está ahí tan cerca.

Brosín comprendió que su padre no tenía ganas de ir a ver al recién nacido, salió al quite, con el agradecimiento interior por parte de su padre.

—¡Papá iré yo a conocer al niño! De camino me despediré del abuelo, voy en un salto.

—Está bien hijo, pero no tardes; Domingo ya debe tener el coche dispuesto y él sabe que no quiero que corra cuando va contigo.

De puntilla, tratando de que sus botos no crujieran, manteniendo el aliento, Brosín fue acercándose lentamente a la cama donde Rita reposaba de la mala noche pasada; había un bulto de trapos, cubiertas y mantillas, se suponía que al fondo de aquel pozo de lanas y puntillas se encontraba un niño; Miguel, el padre de la criatura, entró en el cortijo de zagal, con diecisiete años, sólo habían pasado seis y, sin apenas advertirlo, era ya el responsable de una familia; Miguel no conoció a otra mujer ni cortejó a más moza que a Rita; cuando la romería, si se acercaba al pueblo con los gañanes, siempre tuvo reparo de ir a casa de la Mercedes, muchos le incitaban y le pintaban de color de rosa las niñas de la casa de la Mercedes.

Rita tampoco conoció a otro hombre que a Miguel; se vieron, se enamoraron y se casaron sin más preámbulos ni más historias y tuvieron el primer hijo; la pureza y el amor era el más rico testimonio que reinaba entre ellos; su vida en el cortijo, las buenas costumbres que allí se observaban y que implantó con su constante presencia Dolores Romero Heredia, la madre de Brosín, la hija del señor Antonio, el capataz, y que llegó a ostentar el título de marquesa de Santa Eufemia. Desde su boda se instaló en la casa grande y rehuía vivir en el palacio de Sevilla; su sitio estaba con su gente; su muerte, su temprana muerte, conmocionó a toda la región; aquella mujer,

en el transcurso de unos pocos años, logró el respeto de unos y otros y la consideración al rango adquirido al casarse con Manuel Medina.

—¿Cómo estás, Rita?

—Bien, señorito.

—¿Y tú, Miguel?

—Güeno, señorito.

—¿Se puede ver al niño?

— ¡Ya lo creo, señorito!

Rita, con sus dedos, empezó a escarbar entre tanta ropa hasta lograr que se viera la carita, rosa aún, de aquello que horas antes había llegado a este mundo.

—¡Lo tenéis tan tapao!

—¡Es mu chequetito, señorito! —comentó el padre.

—Parece un becerrete de los que están naciendo estos días; habrá que herrarlo.

—¡Jo, jo!, qué cosas tiene er señorito.

—Bueno, me tengo que marchar, salgo ahora para el colegio, pero me tenéis que prometer una cosa.

—¿Qué cosa, señorito?

—Que no le bauticéis hasta que yo vuelva en Semana Santa.

—¿Y eso, señorito?, ¿pa qué lo quiere moro?

— ¡Porque quiero ser su padrino!

— ¡Señorito! Ojú... no sé que decí.

—¿No os parece bien que sea yo su padrino?

—Eso no, señorito, eso no, que no hemo quedao un poco pasmao por la emoción, eso, por la emoción. Pa nosotros es lo ma grande... ¿verdá tu, Rita?

—Yo estoy llorando, Migué, con lo que ha dicho el señorito.

—Gracias, señorito. Esperaremo a la Semana Santa.

En el porche de su casa se encontraba el abuelo; con la solemnidad que le caracterizaba, esperaba despedir a su nieto, lo adoraba; su idolatría por él quizás no la demostraba porque sus raíces, posiblemente, no le permitían expresar sus sentimientos, pero en el fondo de aquellos ojillos hundidos entre grandes y arrugados párpados, sombreados por aquellas espesas cejas, un brillo y tímido lagrimeo delataba al viejo campero lo mucho que quería a aquel niño, el único hijo de su

Dolores; y el nieto lo sabía y adoraba a aquel pedazo de pan de maíz, de pan cateto... aquel labrador, ganadero, mayoral y hombre cabal que tanto bien hizo en aquellas tierras.

—Abuelo, debo irme... Domingo me espera para llevarme a Málaga.

El abuelo posó sus grandes manos callosas, labradas por el tiempo, sobre los hombros de su nieto, le miró a los ojos.

—Qué lejos está ese colegio, nieto. Y no sé qué puede enseñarte que no puedas aprender aquí, en los trigales, en la dehesa, en el arroyo del río.

—¡Volveré pronto, abuelo!

—¡Trataré de esperarte, nieto!

Abuelo y nieto se fundieron en un gran abrazo, del que sólo pudo separarlos el claxon insistente del Mercedes; su padre tenía prisa para que emprendieran el camino hacia Málaga, o para que la despedida con el abuelo no fuera tan larga; el encelamiento y los achares no son buenos consejeros.

## II

### Marqués de Santa Eufemia

Don Ambrosio Medina de la Guardia, padre del actual ganadero, fue hombre muy singular, querido por aquellos que le trataron, de costumbres morigeradas, atado a sus convicciones y tradiciones y, aparentemente, sin problemas acuciantes que le obligaran a alterar el ritmo de su vida; sevillano hasta sus más profundas raíces, a pesar de su avanzada edad gozaba de su tierra natal y diariamente escudriñaba e investigaba en las raíces de su pueblo tratando de paladear hasta la última gota de néctar de esta maravillosa ciudad.

Don Ambrosio nunca fue hombre de campo, y mientras sus hijos se encontraban en edad de estudios, internados en el colegio de San Estanislao, de la Compañía de Jesús, en el Palo de Málaga, él acudía poco a la finca, por entonces La Romera, la cual marchaba bajo el control de su buen administrador, don Anselmo, y su capataz, el señor Antonio.

Don Ambrosio se educó en el mismo colegio al que luego fueron sus hijos y donde actualmente se encuentra su nieto, de su mismo nombre, pero al que cariñosamente llamaban Brosín.

El colegio de San Estanislao, de Miraflores del Palo de Málaga, tiene su propia historia que se remonta al siglo XVI, aunque su inauguración oficial como tal internado y dirigido por los padres jesuitas acaeció en el año 1882.

Don Ambrosio nació y vivía en una casa solariega, por no llamarle palacio, en la calle Jesús, de la capital hispalense; el lugar comprende una encrucijada de calles señoriales o populares con edificios notables en pacífica armonía con humildes viviendas, donde el tiempo y Sevilla parece que se han parado para que al menos exista un barrio que recuerde la ciudad de otros tiempos; perdido en su final, el monasterio de San Clemente, de la orden de Císter, cuya primera abadesa fue la infanta Doña Berenguela hija de San Fermín.

Por estas calles parece que todavía deambula el alma de Gustavo Adolfo Bécquer y la de Doña María Coronel, perseguida por Don Pedro I *el Insaciable*; en la clausura de Santa Clara, con aceite hirviendo, tronchó su incitante belleza.

No es de extrañar que viviendo y educado en esta constante investigación, don Ambrosio fuera más erudito que vaquero, más poeta y soñador que ganadero de reses bravas; limitaba su vida a escuchar devotamente su misa diaria en San Vicente, a las ocho de la mañana; un paseo por el centro de la ciudad si el tiempo lo permitía, haciendo estación en una vieja librería en la calle Sierpes, donde todos los días, invariablemente, compraba un libro; por las tardes, y después de cabecear su acostumbrada siesta, acudía al Círculo de Labradores, donde en las tertulias, a veces, era el principal protagonista por lo versado en cualquier tema y su gracejo andaluz de ya reconocida fama.

No cabe la menor duda de que a sus veinticinco años, vestido de corto, amartillando el albero con su alazán, guapo y buen mozo, de noble porte, rico sevillano, reunía los sortilegios necesarios para dejar encandilada a una jovencita de veinte años: Isabel Pérez Correa, donostiarra, de ilustre familia; su madre era la condesa de Villafranca, título que heredaría años más tarde; es normal, sumamente normal, que en un paseo de caballos de la feria más monumental de nuestra tierra y con los atributos reseñados del joven galán, Isabelita, a pesar de su juventud y desconocimiento del mundo, tratara de no perder aquella guinda que Sevilla constituida en una gigantesca tarta le ofrecía al segundo día de su llegada a esta embrujadora ciudad y que tres años después se casaran en la catedral del Buen Pastor de San Sebastián; de ahí que, durante varios años, la joven pareja veraneara en el balneario de la Concha, aunque nunca llegara a asimilar el hecho de que por las tardes tuviera que ponerse una suave prenda de abrigo.

Años más tarde, solía relatar: «Señor, es lo que yo digo: Dios creó el verano con su calor e, igualmente, el invierno con su frío para que sus hijos lo gozaran o al menos lo soportaran como parte de sus penitencias para redimirse en este mundo; pues nada, el hombre a llevarle la contraria, incluso a Dios. ¿Que tengo calor?, me voy a pasar frío a San Sebastián. ¿Que tengo frío?, a Cuba que me largo. Yo, señores, veraneo poco y sacrificado y, Dios bien lo sabe, que si salgo de Sevilla es por los niños e Isabelita. Pero donde mejor paso el verano es, sin lugar a dudas, ¡en Sevilla! Por supuesto, tomo mis precauciones bajándome a vivir a las habitaciones del patio; salidas, pocas: a la iglesia por las mañanas; las comidas muy frescas: ensaladas, gazpachos, frutas... nada de alcohol; y un paseo en el calesín por la orilla del río

pasadas las once de la noche. No entiendo aquellos que veranean y deben pertrecharse de abrigos, chalecos de punto... lamentable, verdaderamente lamentable. El verdadero veraneo consiste en no huir del calor sino en ¡buscar el fresco dentro del calor!

### III

#### 1919, 1927, 1932. Luis y Manuel Medina

Luis y Manuel Medina permanecieron como su padre en el internado de los Jesuitas de Málaga; entre ambos se llevaban dieciocho meses de diferencia, Luis permaneció en el colegio durante los cursos escolares de 1919 a 1925 y Manuel desde 1921 a 1927.

Existía cierta diferencia de caracteres entre ambos hermanos en cuanto a gustos, juegos e incluso formas de pensar; Luis, el primogénito, era introvertido, responsable de sus actos, consciente, a pesar de su juventud, de que el nombre y los títulos que en su día heredaría constituían un legado de responsabilidades frente a la sociedad; el lugar que dicha sociedad les había asignado le obligaba a cuidar, respetar y mostrarse a veces reservado ante ciertas situaciones, juegos o clase de compañeros que su rango le impedía aceptar.

Todas estas consideraciones en un niño, internado durante nueve años, no podía traerle más que azarosas complicaciones, tomaduras de pelo por parte de sus compañeros, a excepción de unos pocos que comulgaban con sus ideas; a Luis le mantenía firme la figura de su padre, la estirpe de sus antepasados, la heráldica que sobre él pesaba y que con sumo gusto sobrellevaba; por ser el primogénito y heredero de los títulos, tuvo quizás más contacto con su padre que su hermano Manuel; fueron horas y horas atento a los consejos, conferencias y batallas que su padre le impartía, olvidándose a veces de que se trataba de un niño y que sus párpados se iban cerrando poco a poco ante tanta disertación.

Don Ambrosio, cuando de Sevilla se trataba, nunca perdía la ocasión para cantarla y ensalzar su nombre; conocía la historia de Sevilla y hechos memorables de su grandeza, lo había estudiado y su obligación era, según su propia consideración, proclamarlo y enseñar al que no sabe.

*«Por orden del mismo Noé, vino a poblar España el patriarca Tubal, su nieto, hijo de Lapihelh, con su mujer y sus hijos y otras muchas gentes que de grado le*

*siguieron por los años ciento cuarenta y tres después del diluvio y dos mil y ciento sesenta y cuatro antes de la natividad de Cristo; en la primera parte donde paró de propósito fue en la provincia Bética, que ahora llamamos Andalucía.»*

*«La Bética es toda ella un jardín de recreación y deleites, que Homero y los griegos llamaron a la Bética, hasta la isla de Cádiz, los Campos Elisios, a donde los gentiles iban a descansar el alma, aquellos que en esta vida vivieron vida inculpable, y gozar de todo placer, regocijo, descanso y alegría, atinando en esto a las excelencias maravillosas de esta provincia Bética.»*

Todas estas parrafadas, sacadas de su vieja y extensa biblioteca, minaban el espíritu de aquel niño que con sus pasmados ojos escuchaba a su progenitor y trataba de emular su figura y los hechos por él relatados en su colegio, entre cientos de niños procedentes de otras ciudades, de otra educación y formas de opinar y entender; entre ellos un coñón madrileño, hijo de un rico comerciante, el cual era implacable con el pobre Luis, que no podía olvidar quién era, y éste, cuando lo veía en el recreo le decía a voz en grito:

—Marquesito, ¡tócame el pitito!

Con la llegada de su hermano Manuel, al año siguiente, las cosas variaron favorablemente para Luis, pues aunque Manuel era más joven, era de más fuerte complejión, extrovertido y alegre, pues en él posiblemente no influyeron las peroratas de su padre, las cuales trataba siempre de eludir; acudir siempre que podía al campo a montar a caballo y gozar de la naturaleza, hicieron de él un niño diferente, aunque físicamente eran muy parecidos, pues el pelo rubio y los ojos azules delataban a su madre.

Incorporado Manuel al colegio, en el primer recreo, el coñón madrileño volvió con la misma cantinela:

—Marquesito, ¡tócame el pitito!

Manuel, que ya estaba sobre aviso, se dirigió hacia él.

—¿Quieres que te lo toque yo?

—¿Y a ti quién te ha dado vela en este entierro?, chaval.

—Es que yo soy tan marqués como éste y quiero tocarte el pitito, chulito.

—Bueno chaval, que yo no me he metido contigo, pero si quieres algo me lo dices.

—Tocarte el pitito, so mierda.

Y sin más se abalanzó sobre él, le agarro por la chaqueta, lo atrajo hacia él y le dio un puñetazo que le hizo caer de espaldas, éste trato de reaccionar, pero un puño de Manuel se incrustó en su ojo izquierdo; enseguida se formó un corro alrededor de los luchadores, o más bien luchador, pues el madrileño no veía por dónde le venían los puñetazos, hasta que cogiéndole por el cuello le dijo:

—Escucha, chulo de mierda. Con éste no te metas más: es mi hermano; y ahora vete de aquí.

Este huyó llorando, atemorizado; Manuel fue amonestado seriamente por el padre Martínez y castigado toda aquella tarde en su dormitorio; al anoecer, Salvador, el sereno del colegio, con su farol, su bigote y su capa negra, subrepticamente le llevó un bocadillo de jamón; Salvador era un buen hombre, toda su vida dedicada al colegio; a los pequeñines que se derramaban por la noche, él los llamaba para que hicieran pipí y volvieran a la cama, a fin de evitar una mojadura de colchón; el padre Sobrino le bautizó con el nombre de *ombligo luminoso*, por el farol que siempre colgaba de su cintura.

Cuando los hermanos se encontraron solos, Manuel se dirigió a su hermano Luis:

—¿Cómo estás?

—Bien... pero no deberías haber hecho lo que has hecho.

—¿Ibas a aguantar todo el curso a ese chulo?

—Pero... si yo soy el mayor, debería ser yo quien te defendiera a ti.

—Otro día lo harás.

—Además, te han castigado por mi culpa.

—Es igual.

— Esa pelea no es propia de nosotros y de nuestro nombre, ten en cuenta que somos...

—Sí, sí, sí... somos, somos, somos... pero como no enseñemos los dientes pronto dejaremos de ser lo que somos.

—¿Tú crees que a papá le hubiera gustado verte pelear?

—Si es en defensa de nuestro nombre, y además vencemos, ¡yo creo que sí!

—Bueno, de todas formas, gracias; estuviste hecho un campeón.

—Hasta mañana, Luis.

—Hasta mañana.

El misterio que encierra el campo, la inmensa soledad de su herbazal, sus legendarias encinas o sus centenarios olivos, parecen predecir lo que al hombre le pasa.

Existen jornadas deliciosas donde el campo sonríe abiertamente a sus visitantes, protege a sus vacas parturientas y ofrece pastos a los becerros o potrillos que corretean dentro de su encantadora inocencia de un lado a otro; el campo favorece y ama al hombre bueno y deja abrir sus entrañas y fructifica sus semillas, para contento de éste y mayor gloria de Dios. El hombre que con él convive sabe que el campo sonríe con solo contemplar el color de su trigo o el alegre contoneo de sus arroyuelos; pero también sabe cuando se presagia una desgracia, cuando todo se vuelve gris y las nubes negras barruntan dolor y el mugido de los animales es grave y plañidero. Aquel fatídico mes de enero, don Ambrosio decidió, después de pasada las vacaciones de Navidad, dar una vuelta al cortijo con sus hijos antes de que estos regresaran a Bruselas, donde realizaban ya sus estudios superiores; cambiar impresiones con su capataz y darle gusto a su hijo Manuel, que deseaba dedicar unas jornadas al campo y desentumecer sus músculos; don Ambrosio se avino a ello, contrariando su gusto, ya que alteraba sus cotidianas costumbres que en Sevilla practicaba; Isabel, no les acompañó en aquella ocasión, el invierno en el campo era frío y atemperar la casa grande por unos días no le compensaba; rehusó la peregrina idea de su hijo Manuel, secundada por Luis y resignadamente aceptada por don Ambrosio.

El viejo chófer de la casa, Rufino, preparó el Hispano Suiza, resignadamente también, ya que salir a carretera no le gustaba y sus funciones habían quedado limitadas a recoger al señor en sus salidas por las tardes y, cuando no, sentarse en el patio de la casa en espera de abrir la cancela a cualquier visita.

Corría el año 1932, los chicos tenían ya dieciséis y dieciocho años respectivamente. La caída de la Monarquía, la instauración de la II República y la marcha de Alfonso XIII, la célebre frase en las Cortes Generales del 13 de octubre de 1931 de Manuel Azaña: *«España ha dejado de ser católica»*.

La disolución de la Compañía de Jesús y la triste noche del 11 de mayo del mismo año, cuando muchas iglesias y conventos ardían por sus cuatro costados y el ministro de la Gobernación entonces, Miguel Maura, dimitió tras oír decir a Azaña: *«Todos los conventos de España no valen la uña de un republicano»*. Fueron acontecimientos graves para don Ambrosio, estaba denodado, no temía por su seguridad personal y la de su familia, al fin y al cabo sus hijos estudiaban en Bruselas, temía por las circunstancias que aquel caos podría acarrear a España.

—La situación está difícil. España se hunde.

—Lo sé, Ambrosio, lo sé. Esto es horroroso, no vamos a poder asistir ni a la Santa Misa.

—Algo debemos hacer; si esto sigue así nos marcharemos a Bruselas y de allí a Londres. Esperaremos que esto rompa por algún sitio.

Ante tanto desorden —una chusma que campaba por sus respetos y se había hecho dueña de la situación—, un manifiesto de su compañero de colegio, Ortega y Gasset, le hizo albergar ciertas esperanzas, dada que la unión de todos los hombres de bien podrían aún arreglar en parte el desatino en que se vivía; pensaba que huir en estos momentos de España iba en contra de sus principios; el manifiesto decía así:

*«Quemar conventos e iglesias no demuestra ni verdadero celo republicano ni espíritu de avanzado, sino más bien un fetichismo primitivo o criminal que lleva lo mismo a adorar las cosas materiales que a destruirlas. El hecho repugnante avisa del único peligro grande y efectivo que para la República existe: que no acierte a desprenderse de las formas y las retóricas de una arcaica democracia en vez de asentarse, desde luego e inexorablemente, en un estilo de nueva democracia.»*

Durante su estancia en el campo, primeros días del año 1932, a don Ambrosio le llegaban las noticias con cierto retraso, la prensa llegaba tarde a Utrera y, desde el cortijo, Rufino se acercaba cada dos días a recogerla; allí le llegó la tragedia de Castiblanco.

Se consumía en el campo sin apenas salir de las cuatro paredes del pequeño salón familiar; un solo día recibió a su capataz y, dado que todo lo que le informaba y comentaba era poco agradable, dejó de recibirlo alegando fuertes jaquecas; sus hijos, ajenos a aquella situación, recorrían alegres la finca sobre sus jacas preferidas.

Don Ambrosio decidió salir lo antes posible para Sevilla, dado que la situación estaba al rojo vivo; esperó a que sus hijos llegaran de su paseo. Cuando al atardecer estos entraban en la casa, Rufino les indicó que su padre les aguardaba en el salón.

—¡Por fin habéis regresado!

—¿Qué ocurre papá?

—Las cosas se están poniendo difíciles y quiero marchar urgentemente a Sevilla, debo estar junto a vuestra madre, apartarme de estos andurriales que ya no me inspiran confianza, saldremos después del almuerzo; si a alguno le apetece, puede seguir aquí unos días... aunque mi gusto sería que vinierais conmigo.

—Tenía previsto para mañana acudir al herradero —arguyó Manuel.

— Yo te acompañaré, papá, ya estaba cansado del campo.

—Muy bien hijo. ¿Y cómo regresarás? ¿Te envío de nuevo a Rufino para que te recoja?

—Como quieras, papá. O yo buscaré el medio de irme.

—No, no; dentro de tres días Rufino vendrá en tu busca.

Aquella misma tarde, 15 de febrero de 1932, don Ambrosio y su hijo Luis abandonaban el campo; nubes muy negras presagiaban tormenta y Rufino puso en marcha el potente motor del Hispano Suiza; algunos de los cortijeros que por allí se encontraban se descubrieron en señal de respeto ante la presencia del amo; el señor Antonio, en la puerta del coche, los despedía; don Ambrosio estrechó su mano y le dijo:

—Téngame al corriente de cualquier novedad, y cuide de mi hijo; el martes vendrán a recogerlo.

Padre e hijo se acomodaron en los asientos posteriores del automóvil y emprendieron la marcha; salieron del cortijo, enfilaron la carretera privada de la finca hasta que a unos seiscientos metros ya se divisaba la talanquera que limitaba las lindes de la finca con el camino rural.

—Señor, a la salida hay unos hombres cruzados en el camino.

—Ya se apartarán cuanto tú llegues, no te preocupes.

—Señor, están haciendo indicaciones de que paremos, ¿qué hago?

—Ya veo, ya veo; pues... para, a ver que es lo que quieren.

—Papá, deberíamos pisar a fondo.

—No hijo, ¿por qué?, no hay nada que temer; a lo mejor necesitan ayuda, modera Rufino, modera la marcha.

Cuatro hombres estaban allí apostados, haciendo señales de que pararan; don Ambrosio, muy lentamente, bajó el cristal del automóvil.

—¿Ocurre algo?

—Queríamos hablar con usted, señó marqués.

—No creo que sea el momento más apropiado, además tengo prisa.

—Es sólo un momento, señó marqués.

—¿Pero además, ahora que caigo, ustedes no pertenecen al cortijo?

—Pero eso da iguá, señó marqués.

—Igual no, porque con ustedes no tengo nada que hablar, ni ahora ni más tarde.

Uno de los del grupo se acercó a la puerta del automóvil y la abrió violentamente. De su hombro izquierdo pendía una escopeta de cartuchos.

—Baje usted, señó marqué, no tenga miedo, que na le va a pasá... usted a mí sí que me conose.

—¿Qué yo le conozco?, no recuerdo.

—Salga usted, señó marqué, por favó; yo soy el hijo del Ronquillo.

—¿Ronquillo?, no creo conocer a nadie con ese nombre.

—Haga memoria, señó Marqué.

Don Ambrosio, con ciertas precauciones, se apeó del automóvil, sus zapatos de cabritilla relucientes se empezaron a manchar de barro, se cerró su abrigo de cachemir y empezó a sentir frío; estaba terriblemente incómodo, temía un atraco y, por supuesto, les daría todo lo que llevaba encima.

—Yo soy hijo del Ronquillo, ¿s'acuerda?, trabajó con usted en el campo, en la cebada, y usted mismo lo despidió.

—Ahora creo recordar; tuvimos a un hombre... el Ronquillo, me dieron muchas quejas de él, mi encargado, y algunos más; hubo que despedirlo, era un mal ejemplo para sus compañeros.

—Pero lo que usted no sabía, es que er Ronquillo tenía un hijo, y ese hijo soy yo; también me llaman Ronquillo, y por su culpa ,señó Marqué, en mi casa se pasó hambre.

—Siento lo que estás diciendo y sólo puedo decirte en mi defensa que hombres que trabajaron junto a tu padre todavía están conmigo, y de esto han pasado bastantes años.

Luis, mientras su padre hablaba, se había apeado del coche dispuesto a intervenir en defensa de su padre.

—Habrá pasao tiempo pá usted, pero no pa mí, que aún siento er frío en mi estómagu de cuando me acostaba sin comé.

—Bien, terminemos, ¿qué es lo que quieres?

—Lo quiero a usted, señó marqué.

—¿A mí? ¿Qué quieres de mí?

—¡Matarle!

Uno de los que acompañaban a Ronquillo, y ante la gravedad de la situación, se dirigió a éste:

—¡Ya está bien, dejalo está!, ya le has metido el resuello en el cuerpo, que es lo que tú quería. ¡Vámonos, Ronquillo!

—¿Serías capaz de matarme por lo ocurrido hace unos años?

—Quiero matarle por lo que hizo con mi padre, por ser el dueño de estas tierras, por ser marqués... ¡y porque hay que acabar con los caciques!

—Ya está bien, Ronquillo, que te pasas.

—Se acabó, Ronquillo; vámonos, que esto no es lo hablabo.

—Eso es: se acabó.

Aquel hombre nervioso, sin saber lo que hacía, se echó la escopeta a la cara y disparó dos tiros a quemarropa en el preciso momento en que Luis, asustado, presenciaba la escena y al observar cómo aquel hombre perdía los estribos, tuvo el tiempo suficiente para ponerse delante de su padre en su afán de protegerlo, incrustándose los dos cartuchos en el pecho del muchacho.

—A mi padre no...

No le dio tiempo a terminar la frase, cayó desplomado a los pies de su padre; Ronquillo, asustado por lo que había cometido, tiró la escopeta y salió corriendo a campo través; los demás se dispersaron por caminos diferentes; don Ambrosio creyó enloquecer, había sido todo tan rápido... y ahora su hijo se encontraba a sus pies, lleno de barro y ensangrentado.

—Hijo, hijo... ¿Qué ha pasado? Pronto, Rufino, ayúdeme... por Dios, al coche... rápido... corre por Dios... a Utrera... a casa del médico. Hijo mío, ¿qué has hecho?, ¿cómo te has puesto delante? Corra, Rufino, corra.

Cuando el coche paraba en la puerta del médico de Utrera, Luis Medina había muerto, con dieciocho años de edad, tratando de salvar a su padre de un loco asesino.

Llovía torrencialmente, el cielo estaba negro y el campo muy triste, el mugío de las vacas recién paridas llamando a las crías parecía que trataban de defenderlas de un enemigo oculto más fiero que el lobo; parecía que trataban de defender a sus crías del fiero hombre.

El entierro del primogénito del marqués de Santa Eufemia fue verdaderamente impresionante, personas conocidas de la familia y personas del pueblo de Sevilla se citaron para acompañar los restos de aquel joven que tan trágicamente había muerto. Del cortijo, y en transporte especial, se desplazaron casi la totalidad de las familias que trabajaban desde años para el señor marqués.

Su madre, la condesa de Villafranca, demostró en todo momento una entereza poco común, y pocos fueron los que la vieron llorar, aunque las consecuencias de aquella pérdida quedaron marcadas en la salud de tan ilustre dama.

Su hermano Manuel se encontraba hueco e insensible a lo que estaba ocurriendo; aún no podía creer que la providencia decidiera que él se quedara en el campo aquella tarde para que su hermano fuera vilmente asesinado. Iba acompañado de un grupo de amigos y sólo se le ocurrió hacer el siguiente comentario:

—Dios quiera que la muerte de mi hermano no sea el principio de cientos de miles de muertes.

## IV

### El internado

Brosín regreso al colegio después de sus vacaciones Navideñas, con Domingo el chófer; los dos solos, por lo que lo pasaba mejor que si hubiera ido acompañado de su padre. Domingo trabajaba en el cortijo desde muy joven y, dadas sus naturales inclinaciones hacia la mecánica, se hizo cargo del único tractor que por entonces existía; cuando llegaron tractores más sofisticados, cosechadoras, etc., hubo que contratar a personal especializado y fue cuando se decidió pasar al servicio del señor; cuando se casó con Consuelo, y dado los días que Domingo pasaba sin subirse al coche, su mujer sugirió a la señora que su marido, además de chófer, podría asumir el puesto de ayuda de cámara del señor, y así quedo concertado; ya va para doce años que Domingo se encuentra al cargo de estos dos cometidos, no conoce más horizontes que los del cortijo, también Sevilla, porque a veces tiene que pasar algunas temporadas en el palacio al servicio del señor.

A la llegada al colegio saludó al hermano portero y llevó su maleta a la habitación que compartía con un compañero; las clases empezaban al día siguiente; se encaminó al patio en busca de sus amigos, eran muchos los que por allí correteaban o jugaban al balón, pero su mirada se dirigió hacia la morera vieja, que era donde se reunían, les hizo una señal con la mano y los tres contestaron al unísono, no cabía duda de que lo estaban esperando.

Los cuatro que habían congeniado formaban aquella pandilla, hablaban entre sí, se quitaban la palabra de la boca unos a otros deseando contar cómo habían pasado sus vacaciones; Brosín trataba de atender a unos y a otros y escuchar las mil y una fantasías que venían alegremente relatando.

—¿Y tú, Medina, dónde has estado?

—En el campo.

—¿En el campo? ¿Sólo en el campo?

—¿Sólo?, qué bruto eres chaval; hay que perdonarte porque no sabes lo que dices, porque no sabes lo que el campo significa.

—Para mí, el campo es... eso... campo, un lugar donde hay muchas moscas y muchas hormigas. No me compares, yo he pasado las vacaciones en Madrid, he visto un taco de buenas películas, he ido al circo, he bailado con una chavala que estaba pa reventar, el viejo se ha portado y me ha dado todo lo que le he pedido —así se expresaba Manolo Suárez.

Carbonell, intervino:

—Oye, que yo conozco el campo. En Córdoba vamos a la finca de mi madre, pero ¡pasar todas las vacaciones encerrado en un cortijo!

—Porque no sabéis bien lo que aquello encierra y el gustazo que le podéis sacar, por eso yo tengo interés en que vengáis conmigo.

—Yo se lo he comentado a mis padres y no tienen inconveniente en que la Semana Santa la pase contigo —intervino tímidamente Echevarría.

—Momo, hazme caso a mí; en Semana Santa yo te enseñaré los misterios del campo, ya verás que gozada: cuando amanece y contemplas aquel horizonte perdido... donde todo lo que la vista alcanza es tuyo, es tu casa, pertenece a Miramamolín... desayunas fuerte, con pan de pueblo, jamón y huevos. Mira, hay mañanas que a lo mejor me apetece ayudar a los vaqueros en el hierro, en la tiente, y mando ensillar a mi yegua y participo en las faenas de acoso, me acerco al garrochero a recoger mi garrocha; en los días que he estado acudí varias veces al herradero: hay que coger a los becerros y tumbarlos en la tierra, entonces es cuando el animal sufre algo, hay que fañar, o sea, cortar parte de la oreja con una navaja para hacerle la señal de la ganadería. Muchas mañanas me apetece perderme en el océano inmenso de pastizales, puedo correr y correr por aquellas tierras y perder de vista el cortijo. Muchas mañanas, a escondidas de mi padre, montaba mi yegua a pelo, sólo con el bocado y las riendas, sin silla, me ponía un pantalón vaquero corto desflecado y desnudo de medio cuerpo —a mi padre no le gusta que monte así porque dice que eso no es ortodoxo— y corría a pelo, cruzaba la dehesa por medio de las vacas y los toros y gritaba sin parar: ¡fuera vaca... fuera chula! ¡Ea toro... toro bonito! Y el ganado me miraba con perezosa lentitud bajar por la cuesta del encinar, y yo me iba a la orilla del río, me quitaba el pantalón y desnudo como vine a este mundo me daba un chapuzón, el agua estaba fría pero el cuerpo se te vuelve elástico, y me tumbaba sobre el pasto con sólo el cielo por testigo. A media mañana montaba de nuevo a mi yegua, los dos a pelo, como un dios mitológico, y no me ponía los vaqueros hasta que divisaba síntomas de civilización.

—Eso que cuentas es muy bonito —murmuró Momo.

—Al anochecer, Momo, te llevaré a casa de mi abuelo.

—¿Pero tu abuelo no vive con vosotros?

—No, mi abuelo vive solo en su casa, con mi tata Mahía. Nos sentaremos en el porche sólo a escucharlo; el abuelo es muy viejo y está cargado de filosofía, sus palabras son sentencias. En el silencio de la noche los toros se hablan y él los entiende; a la caída de la tarde, en la calma solemne que sólo en el campo se puede percibir, podrás ver cómo un toro se levanta y se pone a verraquear, levanta la cara y pitea un sonido muy agudo, se calla durante breves momentos hasta repetir la operación dos o tres veces, hasta que otro de sus compañeros le contesta de igual forma aceptando el desafío y se viene hacia el primero, los dos se contemplan y se estudian: ¡va a haber pelea! El inmenso prado se ha llenado de momento de un sinfín de sordos mugidos, de todas partes surgen toros que se acercan al escenario de la lucha; aparecen como si de una cita se tratara y ellos tuvieran que asumir la decisión de un arbitraje; el provocador escarba la tierra y mira a su contrincante, cuando están muy cerca meten el morro y, sin dejar de mirarse, van girando sobre las patas traseras, como si no quisiesen pelear, pero en realidad lo que quieren es cogerse desprevenidos uno a otro y, cuando se engarzan en la pelea, el ruido de las dos testas al chocar es brutal, resuena en el campo como tambores de guerra y hasta las aves remontan el vuelo asustadas.

—Oye, Brosín. ¿Y no es peligroso estar cerca de los toros?

—El mismo peligro tiene que pasar por debajo de un andamio; el toro es un animal muy noble y, desde luego, no ataca a traición y sin motivo.

—Pero es una fiera.

—Sí, pero es un herbívoro, él no va a atacar para comerte como puede hacer un león; además, en el campo él no tiene rencor al hombre, no le ha hecho daño todavía.

Suárez, que era el más callado, intervino en esta ocasión.

—Tú dirás lo que quieras, pero a mí los toros no me gustan, es una fiesta salvaje, ¡hacer sufrir hasta su muerte a un animal!

—¿Sufrir? ¿Acaso no sufre más un burro que anda por la vida a fuerza de palos? ¿Y el caballo de un coche de alquiler, trabajando diez horas diarias y casi sin comer? El toro goza del campo, de grandes extensiones, de buenos pastos, tiene abundante comida, no tiene que trabajar, y muere bravamente luchando contra el hombre en solo un cuarto de hora.

—Oye. Brosín, una pregunta que siempre he querido hacerte: ¿por qué llamáis a vuestra finca o a vuestro cortijo, o como quiera que aquello se llame, Miramamolín?

—Con ese nombre, casi exclusivamente, se denominó en España a los califas almohades; en árabe se dice Amir al Munimin, príncipe de los creyentes, estuvieron en nuestras tierras por el año 1147.

Aquellos cuatro amigos, que no paraban de charlar, al final respetaban a Brosín y lo consideraban su líder; Momo Echevarría y Juan Suárez eran de Madrid, Alberto Carbonell de Córdoba; ninguno de los cuatro rebasaban los quince años.

Llegada la noche, y al retirarse a sus dormitorios, Brosín echó su brazo por el cuello de Momo, con quien compartía la habitación; estaba cansado, el primer día de colegio siempre le ocurría lo mismo, le angustiaba aquella pequeña habitación para dos personas, sufría claustrofobia, el hecho de dormir cada tarde bajo la encina vieja, cerca del río, en una extensión aproximada de catorce mil hectáreas... aquella estrechez le agobiaba. Se desnudó y sólo con el slip se tumbó sobre la cama, la elasticidad de sus músculos y el contraste de su color moreno sobre la blancura de las sábanas le hacía parecer Apolo, el dios más venerado de la antigua Grecia; abrió sus brazos y sus piernas, el vello de sus axilas acusaba la prepotencia del muchacho; miró a Momo que se había puesto el pijama reglamentario del colegio, que le estaba extremadamente holgado y que provocó en Brosín una carcajada; Momo le miró de soslayo y se atrevió a decirle:

—Como llegue a oídos del padre Mauri que no te pones el pijama te la cargan. Tú sabes que es obligado.

—Si tuviera que ponerme ese ridículo pijama me tendría que ir del colegio. Yo no puedo dormir metido en un saco. Mira, Momo, hasta el slip me sobra.

Levantando las piernas, arrojó de sí dicha prenda, dejando al descubierto sus atributos de hombre.

—Esta habitación me ahoga, Momo; compréndelo y perdóname.

Momo le miró tímidamente y tremendamente turbado se metió en la cama y se volvió hacia la pared.

—Hasta mañana, Brosín, no vayas a enfriarte.

Momo Echevarría traía a nuestra memoria a Henri Amiel, aquel catedrático de filosofía que se descubrió después de su muerte con su *Diario íntimo* y que constituyó una auténtica revelación.

Su constitución era débil y delicada y, por excesivos mimos maternos, casi afeeminada en el aspecto y en las maneras.

Una enfermedad a los cinco años hizo que se criara al cuidado de su madre, su abuela y su tata; la falta de temperamento y la enorme timidez, su aspecto endeble, su bello rostro, carente aún de la dureza viril que en Brosín eran excesivas, fueron motivos más que suficientes para que Momo contemplara a éste como un centauro o un dios mitológico de la fuerza y la belleza. Brosín miraba a Momo como un cervatillo indefenso que trataba de cuidarlo y defenderlo de los demás compañeros; actitudes todas ellas muy peligrosas.

La luz tenue de Momo y Brosín se apagaba sistemáticamente todas las noches a la misma hora.

A punto de finalizar el curso fueron separados del dormitorio, el río incontenible de murmullos o la maledicencia, salpicaba y se filtraba por las grietas de las sonrisas lascivas, la precaución y el buen entender de las *arañas negras* no llegaron a vislumbrar la blanca pureza de aquellos dos seres.

Brosín pensó, en su constante revelación, en el poco uso de su pijama de rayas –similar al traje de un presidiario–. Preso, al fin y al cabo, de las formas y las apariencias externas, fueron los determinantes de aquella resolución y sintió separarse de su frágil cervatillo que con tanto esmero cuidaba; Momo, la primera noche que lo separaron, cándido e ignorante aún de la maldad de los hombres, lentamente se desnudó, guardó su ropa, disciplinadamente se puso el pijama reglamentario, miró de soslayo la cama desierta de su compañero, se acostó, se arropó, hasta las orejas y volvió su frágil cuerpo hacia la pared; dulcemente y sin motivo alguno, por su blanco e imberbe rostro caían unas lágrimas, toda la noche tuvo frío, le faltaba el cálido aliento de su amigo.

## V

### 1936, guerra

Nuestra guerra española cambió la fisonomía de los pueblos y de las personas; el cotidiano quehacer de nuestros hombres desgarró el corazón de muchas familias, separó a los padres de los hijos, arrancó de los brazos de muchas madres a tiernos e incipientes jóvenes; se cometieron injusticias, atropellos, robos, saqueos, violaciones, asesinatos y se cometieron venganzas ocultas que el rencor y la ocasión sacaron a la luz; se arruinaron carreras, huyeron asustados los intelectuales y se encumbraron los desaprensivos; no volvió a crecer la hierba para muchos y un trigo diferente, regado con sangre de una inocente juventud, hizo ríos a una nueva sociedad, a una nueva generación, a los vencedores de aquella cruenta guerra fratricida.

A Manuel Medina le faltó tiempo para presentarse en el gobierno militar y ponerse a las órdenes de las fuerzas que se habían levantado contra el gobierno de la nación.

Habló con su padre y le manifestó su deseo de alistarse voluntario para combatir al enemigo; sus padres quedaron sobrecogidos, era el único hijo que tenían, con solo veintiún años; recordaban con dolor la muerte del mayor, habían transcurrido tres años de aquel asesinato y parecía, de acuerdo con su dolor, que sólo habían pasado tres días. Don Ambrosio se refugió en su casa de Sevilla y no volvió más al campo, su mujer guardaba todavía luto por aquel hijo, y una nueva preocupación, un triste presagio, volvía a surgir en aquella familia.

Manuel se incorporó como soldado voluntario en las primeras columnas que saliendo de Sevilla se dirigían hacia Madrid; en total fueron nueve columnas bajo el mando táctico de Yagüe; Manuel fue destinado a la segunda, que mandaba el entonces teniente coronel Castejón.

Se enfrentaron con éxito en Guadalupe a la columna fantasma y a las fuerzas de Riquelme; poco después se unían con Tella en Naval Moral y liquidaban la resistencia de la columna Dimitrov en Peraleda, llegando el día 2 de septiembre a

Talavera, allí se enfrentaron a diez mil milicianos, que sufrieron un descalabro a pesar del contraataque de Asensio Torrado.

Con un permiso volvió Manuel a Sevilla, solicitó ingresar en una de las veintidós academias, establecidas por la Junta de Defensa en decreto del 4 de septiembre de 1936, para obtener el despacho de alférez provisional; los famosos *estampillados* sobre los que corrieron toda clase de chistes macabros: ¡Alférez provisional, cadáver efectivo! La formación duraba ocho meses y al finalizar la guerra se habían dado veintitrés mil despachos.

Incorporado plenamente a su vida normal, a Manuel le surgió la idea de proseguir en el ejército, donde sin lugar a dudas hubiera culminado una brillante carrera militar, sus años en la milicia, los combates en los que participó y su bautismo de sangre en las trincheras eran motivos más que justificados para que orgulloso de su activa participación en la liberación de España, deseara continuar por esos derroteros.

No obstante, su padre con una extraordinaria diplomacia y un acertado y razonado enjuiciamiento sobre la situación de los bienes de la familia, el deterioro que el patrimonio de ésta había sufrido durante la contienda, la imperiosa necesidad de reavivar el campo y saber de verdad lo que allí estaba pasando, la falta de interés por su parte sobre los asuntos agrícolas, su promesa de no volver más donde su hijo Luis murió, hicieron recapacitar a Manuel que, después de muchas dudas y de luchas interiores entre la obligación con su familia y sus deseos honrosos y muy comprensibles, colgó el uniforme que tantas glorias le había proporcionado y comunicó a su padre, su deseo de trasladarse a La Romera, donde pasaría una larga temporada para reponerse plenamente y poner en orden la administración y la explotación de aquellas tierras con una industrialización adecuada.

Su madre, de delicada salud, ante la imposibilidad de acompañarle como hubiera sido su deseo, ordenó a tata Mahía que se trasladara con el señorito al campo para que lo atendiera y cuidara personalmente.

## **LIBRO SEGUNDO**

**Y fue en la época de la parición de las vacas**

## I

### Guillermo Echevarría Gómez

—Señorita, póngame con mi casa, por favor, o más bien diga que no voy a almorzar y no me pase más llamadas.

—Como usted diga, don Guillermo.

Momentos después se abrió la puerta del despacho de éste y entró su secretaria —señorita Tola— portando bajo el brazo su bloc de notas.

Tola era una mujer de veintiséis años, desenvuelta, elegantemente vestida, zapatos de tacón alto, falda muy estrecha y blusa liviana y blanca, era de una belleza singular; independientemente de ir perfectamente maquillada, su tez morena, ojos negros y boca muy grande la hacían extremadamente sexy; era la perfecta secretaria de un gran ejecutivo; se sentó frente a la mesa de su jefe, cruzó las piernas y apoyó el bloc de notas sobre sus redondeadas rodillas.

—Tome nota de lo que le voy a dictar.

—Cuando quiera.

—He dado instrucciones para que llamen a mi casa diciendo que no voy a almorzar, pues me apetece ir a un lugar que últimamente he descubierto, donde sus especialidades son los patés, la discreción y el buen gusto; quisiera ir acompañado por una bella señorita, siempre que las costuras de sus medias no estén torcidas.

—Ganso, creí que me estabas dictando en serio.

—¿Aceptas mi invitación?

—Bueno, pero lo que no acepto es que me digas que llevo las medias torcidas.

—Pues las llevas; ven, acércate, trataré de ponerlas derechas.

—Ni hablar; eres un carota.

—¿Vamos a ir a comer?

—Si es una orden... pero tendré que llamar a mi casa, ¿no?

—Hazlo por el teléfono directo, que la niña de la centralita es una bruja: yo creo que escucha las conversaciones.

Guillermo Echevarría gustaba de gastar bromas a su secretaria; empezaron a salir juntos a la hora del almuerzo por razones de trabajo, coincidieron en los mismos gustos para cierta clase de comidas, coincidieron en gustos literarios, coincidieron en que a ninguno de los dos le gustaba la televisión; él le llegó a decir que, fuera de la oficina, le hablara de tú; ella fue cada vez mejor vestida a la oficina y él le insinuó que en uno de sus viajes a Barcelona precisaba de los servicios de una secretaria, ella lo comprendió perfectamente y, por supuesto, no tenía ningún inconveniente en acompañarle. Participaron en largas y pesadas reuniones de trabajo y al finalizar las mismas regresaron al hotel. Ocupaban habitaciones diferentes, salieron a cenar, frecuentaron algunas boites conocidas, regresaron tarde y a la mañana siguiente una de estas habitaciones no había sido utilizada... así de sencillo. Echevarría tuvo amante y colaboradora en una sola pieza.

De esta forma, Tola Menco, que vivía con sus padres, personas de alto nivel social, se hizo amante de su jefe; Tola seguía participando en su entorno familiar, le acompañaba en sus viajes en calidad de secretaria y solían verse en un apartamento que Guillermo había comprado en el barrio de Salamanca. Sin lugar a dudas, Guillermo era un hombre extremadamente listo y sagaz, había demostrado a lo largo de su vida poseer una gran intuición para los negocios, su capacidad para el trabajo y posiblemente su falta de escrúpulos logró que en su vida no le frenara ningún obstáculo cuando fervientemente deseaba obtener algo; empezó sus estudios en Madrid, en la escuela de Ingenieros Industriales, y nadie sabe si llegó a terminar la carrera, aunque su tarjeta de visita bien que especifica «Ingeniero industrial», aunque hay quien dice que no llegó a licenciarse; procedía de una familia de clase media, el quinto entre diez hermanos, y su padre ostentaba un cargo de cierta importancia en el Ministerio de Hacienda, motivo por el cual, al finalizar la contienda estuvo a punto de que lo metieran en la cárcel; fue depurado y varias veces molestado por los conquistadores y, por supuesto, perdió su empleo, lo que supuso para aquella familia pasar momentos de muchísimas dificultades económicas.

Guillermo estaba dispuesto a abrirse camino en este mundo, a no pasar por las penurias y dificultades que conoció en su casa; entendió que España, después de finalizada una guerra y finalizada también una guerra mundial, era un lugar propicio para iniciar cualquier tipo de negocio, convencido a su vez de que sólo precisaba de la plataforma adecuada para ganar dinero.

Con veintidós años llegó a formar parte como consejero en una sociedad creada entre amigos de carrera para la fabricación y comercialización, a pequeña escala, de tuberías galvanizadas destinadas preferentemente a la construcción; la sociedad contrató a un técnico alemán y Guillermo fue designado por sus amigos como vínculo entre la sociedad y el alemán; en sus conversaciones con éste, vislumbró la posibilidad de abrir el abanico de oportunidades para obtener mejores beneficios; Brunner, que así se llamaba el alemán, le informó a Guillermo de las grandes posibilidades que existían de importar de Alemania unos quemadores de gas, desconocidos en España; prestó buen oído a las ideas de Brunner y en forma confidencial le propuso la creación de una nueva sociedad, independiente de «Tuberías y Acero», donde Brunner participaría en la misma con un buen paquete de acciones y el cargo de director general, y, en consecuencia, en el momento oportuno abandonaría su trabajo en «Tuberías y Acero».

Cuando la sociedad estuvo definida y consolidada, alegando ciertas dificultades económicas, puso a disposición de sus amigos y socios su participación en «Tuberías y Aceros», quedando plenamente liberado de todo compromiso con aquellos que en él depositaron su confianza.

Fue presentado a una encantadora joven en la boda de unos amigos comunes, se llamaba Blanca Vergara; intimaron y siguieron viéndose en días sucesivos; Blanca era hija del general don Gonzalo Vergara Luque, compañero de armas del Generalísimo y uno de los artífices de la victoria armada; se decidió en uno de los consejos de su empresa que el señor Brunner, realizara el análisis profundo sobre la importación que estaba haciendo de los referidos quemadores de gas y la posibilidad de importar las piezas claves y que el resto fuera de fabricación española; Brunner se ocuparía de los problemas técnicos de este nuevo giro que se le quería dar a la empresa, y crear las estructuras necesarias para este nuevo tipo de fabricación que en principio daría trabajo a unos cientos de técnicos y comerciales. Los problemas de licencias, permisos de importación y el capital necesario para esta nueva singladura sería de responsabilidad absoluta de Guillermo Echevarría. Paralelamente a estos proyectos que le ocupaban muchas horas al día, visitaba a Blanca, la cortejaba y anunciaba su próximo enlace matrimonial, por lo cual la nueva sociedad, denominada «Incoyfasa» ofreciera el cargo de presidente del consejo de administración a su suegro, el general Vergara, y con la audiencia concedida a éste en el Pardo por su compañero de armas, el generalísimo Franco, se aliviaran los inconvenientes que pudieran surgir para la obtención de cualquier permiso y, por supuesto, la concesión de un crédito oficial para el desarrollo de esta nueva empresa española.

El general Vergara, que desconocía por completo el mundo de los negocios y que confiaba plenamente en la capacidad de su yerno, sólo se permitió en una ocasión recomendar a un joven ingeniero que conoció en campaña y que en la actualidad era teniente coronel de la Politécnica del Ejército, que a su entender podría ser un elemento importante para la empresa, y a Guillermo, complacer a su suegro, teniendo en cuenta la fase de expansión de la empresa, recibió a Juan Suárez Ortiz, encuentro que consideró sumamente interesante, dado que se encontraba ante un hombre de excelentes cualidades morales y profesionales y que podría ser un puntal en el nuevo organigrama que se estaba creando.

Juan Suárez Ortiz, nació en el año 1919, le llevaba a Guillermo dos años de edad, se inició muy joven en la Escuela de Ingenieros Industriales y la guerra le sorprendió en un pueblecito cercano a Burgos, donde sus padres solían pasar los meses de julio y agosto. Se presentó voluntario a la improvisada Academia de Alféreces Provisionales y durante toda la campaña estuvo de ayudante del entonces coronel Vergara; terminada la contienda ingresó en la Academia General de Artillería, pasando a la Politécnica del Ejército; la ubicación a veces temporal de las personas en territorio español durante el mes de julio del año 1936 fue motivo más que suficiente para determinar su futuro en los años sucesivos de nuestra dictadura.

Juan Suárez, que llegó a ostentar la dirección general de la fábrica Incoyfasa, estaba casado con Luisa Benegas y había tenido ya su primer hijo; entre Echevarría y Suárez se estableció una corriente de simpatía y afecto; Suárez se llevó en los primeros contactos con Guillermo, la grata impresión de que se encontraba ante un hombre emprendedor, un auténtico capitán de empresa, un hombre arriesgado y moderno, capaz de crear grandes riquezas y puestos de trabajo para su país; Echevarría también se llevó la grata impresión de haber encontrado a un hombre plenamente capacitado para las funciones de director: honesto, serio e incorruptible; debería de conservarlo a su lado y hacer de él un fuerte puntal de los proyectos que para el futuro su imaginación ya planeaba.

## II

### 1940, el campo

Cuando Manuel Medina, finalizada la guerra, decidió definitivamente instalarse en el campo en los primeros meses del año 1940, no sospechaba el trabajo que se le venía encima; acababa de cumplir veinticuatro años y, hasta poner en orden la documentación y administración de la finca, sus viajes a Sevilla eran muy frecuentes, sus contactos con don Anselmo, el viejo administrador, fueron semanales, bien en Sevilla o desplazándose don Anselmo al campo. La ganadería brava era insuficiente para los proyectos de Manuel; La Romera, con sus cuatro mil ochocientas hectáreas, no estaba dedicada por entero a lo bravo, pues parte de ella estaba sembrada; contaba con ganado manso y tenía espacio reservado para la cría caballar.

El sueño de Manuel era agregar o vincular una finca colindante como La Romera, de ocho mil hectáreas aproximadamente, que dedicaría por entero a lo bravo.

Se llamaba La Consolación y las negociaciones para la adquisición de la misma eran lentas; su padre se encontraba reacio a efectuar mayores inversiones en el campo, opinaba que el ganado bravo no era rentable y con el tiempo se vería constreñido a habitar en superficies cada vez más pequeñas; era preciso dedicar el mayor número de hectáreas a la labor agrícola; contrario a las ambiciones de Manuel, que deseaba encumbrarse como ganadero de fama, opinando que el ganado bravo, sólo con su presencia, revalorizaba la finca de pastos.

Es cierto que el ganado bravo reclamaba para sí las mejores fincas, pero es bien cierto también que el ganado bravo es el que mayor renta podría pagar: las fincas dedicadas a este fin, son la flor y nata de los pastizales y en ella la naturaleza resulta más real, más maravillosa y espontánea que las tierras que el hombre labra. Cinco años tardó Manuel Medina en dar por finalizado los trámites de aquella importante adquisición; su madre influyó bastante para que los deseos y proyectos de Manuel se cumplieran, haciendo ver a su marido que no debería frenar los proyectos del

único hijo que tenían, si éstos, además, se basaban en la adquisición de nuevas tierras que aumentarían el patrimonio familiar y daría nombre y prestigio a su hijo, como así fue a lo largo de los años: ganadero prestigioso de reses bravas.

Se encontraba orgulloso del imperio por él creado; los años en el campo curtieron su rostro, ensancharon su espalda y su espíritu; se convirtió en un auténtico ganadero, atento al cultivo y a sus cosechas, a los animales vacunos y a la cría caballar, veló por las vacas de vientre, por sus toros y sementales; participaba como un vaquero más en todas las faenas que precisa el ganado bravo; a la llegada de la primavera se preocupaba de la cubrición de las vacas con el semental (los sementales permanecían en un cerrado, evitando de esta forma que salieran de aventura en compañía de algún buey). La parición se producía a finales de diciembre o a primeros de año; las vacas suelen vivir quince años por término medio, por lo cual cada vaca debe dar un mínimo de ocho crías y es posible que la mitad fueran machos y la otra mitad hembras.

A Manuel le gustaba participar en fañar a los becerrillos recién nacidos, los corría con su caballo, les introducía el lazo por la cabeza y, pie a tierra, ayudado por un vaquero, derribaba al animalillo que sujetaban con piernas y brazos, con una navaja le hacía la marca de la ganadería en la oreja; el destete, el herrado, el acoso, derribo y tienta, donde solían acudir siempre aficionados, algún que otro torero amigo de Manuel y torerillos que empezaban y pedían permiso con el fin de echar unos capotazos, pararlas y tentarlas, si salían bien; si entre los invitados había un torero de moda, éste podía cansarse de dar capotazos.

En siete años de denodados esfuerzos, el campo parecía otro y las tierras de Miramamolín y su cortijo se convirtieron en uno de los más modernos y socialmente bien llevados de toda Andalucía.

Cuando Manuel a caballo recorría la inmensa llanura de aquellas tierras con su rostro curtido por el viento y tostado por el sol, se paraba y soltaba las riendas de su alazán para que éste mordisqueara el tomillo y el romero; su imagen adquiría el color y la dureza del cobre, como si se tratara de una moneda acuñada con el busto de un gran califa. La transformación que se hiciera en el campo y el esfuerzo por él realizado en Miramamolín, fue extraordinario y superior al que hiciera su padre y todos sus antepasados y podría sentirse don Ambrosio orgulloso de que como señor de aquellas tierras no tuviera que soportar las tristes sentencias o leyenda negra que existía sobre los señoritos andaluces que, como una maldición, desaprovecharon el esfuerzo de sus mayores, pues aquí las tornas se cambiaron y el joven Manuel se

convirtió, y así se le reconocía, en un joven ganadero, que supo multiplicar lo que la providencia puso en mano de sus antepasados, haciendo viables sus explotaciones y adaptándose a los tiempos actuales.

Pensó que la explotación agrícola de aquellos campos debía sufrir una amplia evolución en todos sus sectores, desde considerar que el cortijo tenía que ser algo más turgente que una simple casa de labor, que debería llegar a la conjunción de labores agropecuarias, trabajadas por hombres que vivían en el cortijo, con sus familiares, en una comunidad y comunión constante, convertidos todos ellos en una estrecha relación patriarcal; construyó viviendas acogedoras, templadas y alegres para toda su gente, se preocupó de que los niños en edad parvularia fueran atendidos en el mismo cortijo por una maestra titulada y facilitó para el resto de los muchachos los medios necesarios para que diariamente se trasladaran a los centros de estudios de Utrera, se preocupó de desterrar de sus dominios el analfabetismo, quería estar rodeado de hombres bien preparados, sabía que tenía que contar con las riquezas de estos, que serían la realidad socio-económica de aquel imperio.

Su padre, que parte de su vida la dedicó y se preocupó en buscar el origen de sus antepasados, olvidó o descuidó buscar el origen de aquellas tierras y de las muchas generaciones que vivieron y regaron con su sangre aquella comarca.

No se puede olvidar ni dudar de la influencia de César Trajano Augusto; nacido en Sevilla, emperador romano que dedicó su especial atención a la organización de la provincia, impulsó la agricultura, estudió los servicios públicos y humanizó la condición de los esclavos; algo que volvería a repetir Manuel Medina mil ochocientos diecinueve años después.

El complejo que comprendían las fincas de La Consolación y La Romera, que desde tiempo inmemorial se llamo Miramamolín, parece ser que, en las crónicas cristianas medievales, era la forma en que en la península ibérica se designaba a los califas almohades. Cuando se cita Miramamolín, sin especificar a qué califa se alude, generalmente hay que entenderlo como referido a Muhammad Iba Ya Qub Al Nasir; los califas cuyo título exacto es «sucesor del enviado de Alá» pertenecían muchos de ellos a la dinastía bereber de los almohades; Abu Ya Qub Yusuf, subió al trono tras una intriga política, instalando su residencia en Sevilla, e intentando frenar el avance de la Reconquista. Los hombres de Miramamolín, incluyendo el último descendiente de la dinastía de los Medina, Brosín, que recordaba a un bereber, eran auténticos almohades; en aquella extensa comarca pantanosa, en aquellos terrenos enlodados, con tal abundancia de agua dormida, originando zonas marismales que

producen pastos abundantes y jugosos que permiten el desarrollo de las reses en condiciones excelentes; estos hombres son especialmente entendidos en dos especies animales: el toro y el caballo, ambos de antigua ascendencia, testigos de anti-  
quísimas culturas ligadas a los grandes rebaños.

Aquella mañana, Manuel bajo de sus habitaciones sin la ropa campera, llevaba un pantalón fresco de hilo y una camisa de seda natural, acudió a la terraza donde solía desayunar.

Después del desayuno pasó a su despacho y se acomodó, junto a uno de los ventanales que dan al jardín, en mullido sillón dispuesto a repasar la prensa y leer la correspondencia de aquel día; cuando más ensimismado estaba en la lectura, entró una de las muchachas del servicio, que desconociendo que el señorito se encontraba allí, pasó a limpiar como habitualmente hacía cada mañana, sin reparar en el señor y, canturreando, se puso a limpiar la mesa y las estanterías; cuando llevaba un rato cantando, el señor, desde donde estaba sentado, le dijo:

—Muy bonito eso que estas cantando.

— ¡Ay, qué susto!, señorito; no sabía que estaba usted aquí, perdóneme señorito. Ahora mismo me marchó. ¡Alguien me podía haber dicho que el señorito no había salido al campo!

—No te preocupes, mujer, y sigue con tu trabajo.

—No, señorito, volveré en otro momento.

Manuel fijó la mirada en aquella sirvienta que se disculpaba de haber entrado en el despacho como si fuera un error por su parte que el señor no hubiera salido aquella mañana a caballo; la miró fijamente y se dio cuenta de que a aquella muchacha la veía por primera vez en la casa.

—Oye muchacha, y ahora que caigo... yo a ti no te conozco: ¿eres nueva en la casa?

—Es que yo antes estaba en la cocina, con la señora Consuelo, pero el señorito... sí que me conoce, lo que pasa es que no ha reparao.

—¿Qué yo te conozco?

—Sí, señorito.

—¿De quién eres hija tú?

—Yo soy hija de Romero.

—¿Del señor Antonio?

—Sí, señorito, por eso le dije que usted me conocía.

—¡Válgame Dios! ¿Tú eres aquel renacuajo que corría hace nada por el cortijo?

— Sí, señorito, yo soy aquel... eso que usted ha dicho.

—Pero si hace nada eras así, pequeñaja, feucha... canijilla.

—¡Ay, señorito! Tan fea era.

— ¡Vaya, vaya, vaya con...! ¿cómo dices que te llamas?

—Dolores, para servirle a usted. Y, si no manda otra cosa, señorito, voy a seguir con la faena.

—¿Has terminado aquí?

—Sí, señorito. Si no manda otra cosa, pues...

— Ve mujer, ve, y perdóname que no te conociera... pero estás muy guapa.

Dolores Romero era la única hija que tuvieron de su matrimonio Antonio Romero y Dolores Heredia. El señor Antonio entró en el cortijo de zagal, allá por el año de 1913; era un hombre de campo que conocía a la perfección sus obligaciones, conocía por sus nombres a cada una de las vacas de vientre y sus sementales, conocía también a los hombres del cortijo y sabía cómo tratarlos para que no descuidaran sus faenas; era un hombre cabal, honrado y respetuoso con los señores; toda su gramática, su filosofía y su serena templanza la había aprendido él solo mirando las estrellas, contemplando el inmenso cielo azul y el silencioso mar de los trigales; había dado de comer en su mano a toros que luego fueron bravos y murieron en cosas españolas, dio el biberón a becerrillos que quedaron sin madre; llamaba a los sementales, que a una voz suya acudían mansamente donde él estaba. Parece ser que, cuando zagal y cruzando una trocha, se dio de cara en dos ocasiones con una bella gitana, Dolores Heredia; pocas palabras debieron de cruzarse entre ellos, mirarla a los ojos y procurar que ella le mirara fueron razones más que suficientes para que hablara con su padre, gitano de bien, afincado en los Palacios, y le dijera que quería casarse con su hija; de buen gusto la dio el Heredia, que vio en este payo al hombre que haría sus veces para cuidar y defender el único tesoro que celosamente guardaba: su hija Dolores. De forma tan pura y sencilla, clara como el agua que mana de las rocas, alegre como las campanas de la pequeña ermita, sin razones ocultas o falsos entendimientos, se presentaron ante Dios para hacerse marido y mujer; tuvieron a Dolorcita, que vino a darles aún más felicidad si esto fuera posible.

Dolores se crió en el cortijo como choto juguetón; salía por las mañanas, después del restregar de su madre con agua y jabón, limpia como una patena, para regresar

churretosa y despeinada después de jugar con los críos del cortijo e ir de aquí para allá o meterse en casa de unos y de otros que hasta se atrevió a físgonear por la tapia de la casa grande. De niña era feúcha, negra y patilarga, descarada y simpática; de su boca salían dos grandes paletones, y cuando alguien le hablaba, solía poner su mano derecha en forma de cuenco, colocada como palio encima del ojo izquierdo, cerrando herméticamente el compañero; sus trenzas desgredadas, acabadas en dos mustios y sucios lazos rojos, cubrían sus hombros; su desaseada bata y sus polvorientas alpargatas resumían el aspecto de la niña, que tanto hacía que su madre le gritara, zamarrear a e incluso tirara de sus negras trenzas, tratando de hacerla una modosa mocita, temerosa de salir a la puerta de su casa y separarlas de los zagales y mozuelos que con ellos jugaba y competía en tirar chinarras como el primero y que a los gritos de la madre, solía decir al señor Antonio:

—Déjala mujé, que separada de la teta, lo suyo e er garbeo; tiempo tiene la chota de ser becerra guapa.

Cuando tropezó con el señorito Manuel su cuerpo ya era elástico, esbelto y conjuntado; se denotaba a través del poco favorecedor uniforme de servicio que sus piernas eran rectas y delgadas para finalizar en torneados muslos, pilastras de un cuerpo esbelto de estrecha cintura, anchas y prietas nalgas, vientre inexistente y senos como piedras de río que no precisaban de sostén o ayuda exterior; su color moreno, agitanado, estaba dulcemente argentino por ser mezcla de payos y de gitanos; su pelo lacio, negro azabache, conjuntaba con sus facciones suavemente redondas y largas pestañas sobre sus ojos verdes aceituna; su boca grande era portadora de una perfecta dentadura, su labio inferior era más grueso que el superior, lo que le hacía atractiva y sexual; su nariz pequeña y más bien respingona, junto con los dos hoyuelos acentuados en la comisura de la misma, la hacían ser diferente, por supuesto, a las pasadas bellezas gitanas plasmadas por Romero de Torres, para convertirse en una belleza deseada a los ojos de cualquier hombre.